

LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL ARGENTINA: SU DESARROLLO¹

Prof. Hugo E. Ratier
UBA-UNICEN
hugo.ratier@gmail.com

Las líneas que siguen fueron escritas en 1986, cuando la reflexión sobre la historia de nuestra ciencia antropológica era muy incipiente. Su objetivo fue divulgar dicha historia entre un público general. Hoy en día, ya se ha invertido bastante esfuerzo en reflexiones de este tipo, aunque todavía no se han traducido en una obra de conjunto.

Usamos, como soporte para el trabajo, las periodizaciones de dos autores que intentaron trazar un panorama general de la disciplina: Ciro René Lafón y Guillermo Madrazo. Sobre esa base, tratamos de elaborar una propia.

COMIENZOS POSITIVISTAS: 1880-1930

El último tercio del siglo XIX encuentra a nuestro país comprometido en una tarea modernizante, impulsada por la llamada “generación del 80”. El Racionalismo, que naciera en el siglo anterior en el viejo mundo, se ha trocado en Positivismo, movimiento científico-filosófico caracterizado por su fe en la Ciencia, como instrumento de resolución de todos los problemas, incluyendo los sociales. Su demanda de “orden” se considera requisito indispensable para conseguir un irrestricto “progreso”.

Derrocado Rosas, en vías de liquidación las contiendas civiles, aprobada una constitución y comenzando a funcionar los instrumentos formales de la democracia representativa, la república agroexportadora se pone en marcha. El sistema capitalista mundial, al que se incorpora plenamente, requiere un conocimiento sistemático de la realidad que se irá a explotar. Éste solo puede basarse en la ciencia. Recuérdese que es la época en que florecen, en todo el

1 Este trabajo es un fragmento de *Mirándonos desde adentro*, fascículo de divulgación inédito de una fallida colección. Su primera parte, “Nosotros y los otros”, procuraba caracterizar a la antropología como ciencia e historiar su desarrollo. Dicha parte fue publicada en edición precaria, para uso de docentes bonaerenses (Ratier 1991). La presente versión es la segunda parte, algo actualizada, de ese artículo (Buenos Aires, 1986-1995).

Fecha de recepción del artículo: Mayo 2009.

Fecha de aprobación del artículo: Noviembre 2009

mundo, las exploraciones geográficas. A través de ellas, se aspira a eliminar la categoría “*terra incógnita*”, que todavía campeaba en algunos mapas. Se buscan las nacientes del Nilo, se navegan los ríos asiáticos, se toma contacto con pueblos, hasta entonces, desconocidos. Al mismo tiempo –es claro–, se ocupan esas regiones. La llegada del *sabio*, figura paradigmática que suele representarse como el clásico *explorador* con casco de corcho, es casi simultánea con la de las tropas. La ciencia y las armas se apoyan mutuamente, y ambas limpian el terreno para que, en él, se instale el capitalista. Se comienza así a hacer producir esas “reservas”, hasta entonces, desperdiciadas y abandonadas a la “desidia” de las culturas nativas.

Cuando se menciona a los precursores de nuestras ciencias antropológicas, sus misiones científicas se hallan, inequívocamente, relacionadas con operaciones militares. Su condición de *sabios* polivalentes los habilitaba para levantar útiles planos topográficos; evaluar las riquezas actuales y potenciales de los territorios que atravesaban; soñar, en suma, con un futuro libre de indios. No obstante, o tal vez por eso mismo, estos últimos eran estudiados con minuciosidad. Estanislao Zeballos horrorizaba a sus acompañantes indios y, aún, cristianos, cuando, en pleno país de los araucanos, violaba las tumbas de los antiguos o decapitaba los cadáveres de los muertos en batalla. De tan terrible forma, daba inicio a los estudios de antropología física. Así respondía a las inquietudes de un oficial del Ejército, alterado por aquellas violaciones:

Mi querido teniente (...) si la civilización ha exigido que ustedes ganen entorchados persiguiendo la raza y conquistando sus tierras, la ciencia exige que yo la sirva llevando los cráneos de los indios a los museos y laboratorios. La barbarie está maldita y no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos (Zeballos 1960: 201).

Ese concepto de “barbarie”, opuesto al de “civilización”, daba sustento a toda una política fundada en el terreno científico, en la teoría evolucionista, entonces en boga. Ésta había contribuido a explicar, biológicamente, la variedad de formas vivientes que habitan o habitaron el planeta, a través de ciertos mecanismos, como la adaptación de los organismos al medio natural, y, su correlato, la supervivencia del más fuerte. La extrapolación de esos conceptos al ámbito sociológico ofreció una excelente justificación a las teorías racistas y a las desigualdades sociales, entonces evidentes. Herbert Spencer (1820-1903) fue uno de los conspicuos expositores de esta doctrina, que fue llamada “darwinismo social” y que gozó de gran aceptación entre los intelectuales argentinos.

Los “salvajes” o los “bárbaros” eran deshumanizados e incorporados al reino de la naturaleza, negándoseles, de hecho, toda creatividad cultural.

Por eso, eran estudiados por “naturalistas”, como el citado Zeballos, y la etnología era incorporada, junto con la geología, la zoología y la botánica, a los tratados de ciencias naturales. Por eso, también, la *Revista del Jardín Zoológico* de Buenos Aires publicaba monografías sobre pueblos indígenas. Las reliquias de esos pueblos eran incorporadas a los museos, que, por entonces, comenzaban a crearse en el país y en los cuales la antropología daría sus primeros pasos.

Francisco P. Moreno (1852-1919) exploró la Patagonia, antes de su conquista, en 1873, y nos legó, junto con observaciones topográficas, botánicas, geológicas, datos sobre los tehuelches y sobre los araucanos que la habitaban. Las figuras del *sabio* y del “militar” se alían, también a menudo, en esa época, y ambos se prestan señalados servicios.

Junto con la preocupación por describir las especies de los territorios por conquistar (hombres incluidos), se agudiza la inquietud por conocer su pasado. De la geología se pasa a la paleontología y de ésta, a la arqueología. Guillermo Madrazo distingue entre los *sabios* de abolengo criollo –que adherirían, con mayor fervor, a esa ideología “liberal, positivista y alienada”– y los que provenían de hogares de inmigrantes, que sostendrían “. . . una posición menos comprometida frente al indígena” (Madrazo 1985: 18-19). Cabe señalar que la imagen del *sabio* europeo de barba cana no refleja a los nuestros. Moreno tenía 21 años cuando realizó su viaje por la Patagonia, Zeballos era un mozo de 26 en el momento de recorrer el desconocido “país de los araucanos”, Florentino Ameghino tenía la misma edad cuando publicó su notable *La antigüedad del Hombre en el Plata*, Juan Bautista Ambrosetti se inició también veinteañero y falleció a los 52 años. El fervor positivista, el deseo de modernizar al país, la fe irrestricta en la Ciencia se daban, entonces, en un grupo excepcionalmente joven y, en la medida de las posibilidades de la época, verdaderamente *sabio*.

El afán modernizante produjo la reorganización de las universidades y la contratación de profesores extranjeros. Al modo del viejo mundo, los investigadores se agrupan en instituciones, como la Sociedad Científica Argentina y el Instituto Geográfico Argentino (1879), cuyas creaciones fueran propulsadas por Zeballos. Dichas instituciones propician publicaciones, paso importante para la acumulación científica. Las colecciones de Francisco P. Moreno serían la base para la posterior creación del Museo de La Plata, importante centro de investigación antropológica muy ligado, hasta hoy, a la concepción naturalista de las ciencias del hombre.

La figura descollante del período es, sin duda, Florentino Ameghino (1854-1911), bonaerense de Mercedes, hijo de inmigrantes genoveses, cuyo título máximo fue el de Preceptor de escuela primaria. Frente al diletantismo de otros pioneros, su personalidad descuella por la sólida formación obtenida

mediante un esfuerzo autodidáctico, el rigor científico de sus indagaciones y su conocimiento actualizado de los métodos y las técnicas aplicados, por entonces, en Europa. Desde adolescente, recorre las barrancas del río Luján, procurando desentrañar la constitución geológica de los terrenos pampeanos y extrayendo huesos fósiles de la fauna extinguida, junto con restos humanos.

Schobinger recuerda que:

...solo diez años antes del comienzo de su labor sistemática en Mercedes, y veinte antes de la publicación de su *Antigüedad del Hombre en el Plata* había nacido la ciencia prehistórica como tal, al ser definitivamente aceptada la antigüedad 'diluvial' o pleistocena de las hachas talladas y otros instrumentos recogidos pacientemente por Boucher de Perthes (...) al mismo tiempo que se describían por primera vez los escasos restos óseos hallados en Neandertal (Alemania) de un nuevo tipo de hombre, más arcaico que el actual. (Schobinger 1969: 51)

Esa prodigiosa actualización del joven investigador asombra al autor citado, en especial, teniendo en cuenta que, aún hoy, nuestra ciencia, pese a la rapidez de las comunicaciones, permanece, por lo general, atrasada respecto a la que se elabora en los grandes centros.

Ameghino aprende francés, publica en París, viaja a dicha ciudad y allí alterna con las mayores eminencias de la ciencia europea. Basado en una interpretación errónea de los estratos geológicos, postula su famosa teoría del origen americano de la humanidad, que desatará enorme polémica. Esa equivocación habrá de asegurarle, paradójicamente, una mención obligada en todos los tratados de prehistoria, al menos, a título de curiosidad.

La pretensión ameghiniana coloca al Plata en el centro de las preocupaciones de muchos *sabios* extranjeros, y su desautorización llega en 1910, durante la celebración en Buenos Aires del *Congreso Internacional de Americanistas*, por boca del norteamericano Alex Hrdlicka. Éste rechaza la cohabitación del hombre con la fauna fósil en América, reduce su antigüedad a tiempos postglaciales (6.000 a 7.000 AJC) e incluye a todos los indios en el tronco racial mongoloide. La resistencia de los ameghinianos continúa, por algún tiempo, pero la aparatosa desmentida provoca la retracción de la investigación científica en el área pampeana, que solo será retomada, prácticamente, en la segunda mitad del siglo XX.

¿Estaba Ameghino totalmente equivocado? El estado actual de la ciencia parece demostrar que no. Tal como él lo afirmara, el hombre convivió, en nuestras pampas, con la fauna extinguida, como ese gigantesco armadillo llamado *gliptodonte* en cuyo caparazón creyó ver el sabio mercedino una primitiva habitación. Y si bien la presencia humana en las llanuras platinas no era tan antigua como él suponía (al punto de llevarla al período terciario

y postularla como origen de todas las ramas de la especie), tampoco es tan moderna como afirmaron sus críticos.

Tal vez por el “papelón” que para sus contemporáneos significó ese desinflarse del edificio ameghiniano, los intereses de los investigadores comenzaron a desplazarse hacia la compleja arqueología del Noroeste, cuyas altas culturas se interpretaban como irradiaciones del imperio incaico. Pese a que, como afirma Lafón, “. . .hacer historia de la antropología (en la Argentina) es casi hacer historia de la arqueología . . .” (Lafón 1976: 317), no vamos a profundizar, aquí, en ese terreno. Nos interesa más reseñar lo hecho en otras ramas de la antropología, tanto por cuestiones de interés como de competencia personal. Cabe preguntarse, sí, el porqué de esa preferencia de nuestros investigadores por las culturas muertas.

El indigenado y, aún, la población criolla no tenían un lugar previsto en el proyecto de la “generación del 80”. Por el contrario, la idea era cambiar la población por otra de mejor calidad, que debería provenir del viejo mundo. El testimonio de Zeballos es muy explícito al respecto: el indio ha de servir, apenas, como objeto científico, es una especie en extinción de la cual “. . .no quedarán en el desierto ni los despojos de sus muertos” (*op.cit.*). Curiosidad benévola, a veces, ciertos brotes de piedad, que llevan a postular la creación de reservas para tratar de incorporar al indígena a la civilización (con la consiguiente renuncia a su propia identidad y cultura), resumen la actitud positivista frente al “otro cultural”. Esta no podía ser otra, obviamente, ya que el “relativismo cultural” no estaba ni planteado en la época.

Sin embargo, algunas voces, aún entre los conquistadores del desierto, valorizaban al hombre aborígen. Álvaro Barros (1827-1892), por ejemplo, militar esclarecido, se planteaba utilizarlo en la colonización de los territorios que había habitado hasta entonces. Lucio V. Mansilla (1831-1913), humanista, escritor y hombre de armas, también manifiesta simpatía hacia esos “bárbaros”. Todos, sin embargo, se proponen sustituir la cultura aborígen por la de su conquistador, convencidos de la evidente ventaja del cambio.

Sin un papel en el proyecto de desarrollo capitalista, el indígena viviente se conceptualiza como “enemigo del progreso” y su estudio se torna marginal para los científicos. Naturalistas, primero, arqueólogos, después, harán, de paso, *etnografía*. Ésta se convertirá, paradójicamente, en una arqueología del viviente, una acumulación de curiosidades para deleite de eruditos. En el mejor de los casos, el dato etnográfico se usa como apoyo de la indagación arqueológica.

Testimonio de esa preocupación marginal por lo indígena es la obra de Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917), otro antropólogo naturalista de origen inmigrante y, como Ameghino, autodidacta. A los 20 años, recorre el

Chaco recién conquistado. A la vuelta, dona al museo de Paraná su colección de zoología y etnografía, y, a poco, es designado Director de la sección Zoología de esa institución. Estuvo en Misiones, en 1890, provincia a la que volvería reiteradas veces. Su admirable espíritu científico todo lo registraba: la fauna actual, la fósil, las formaciones geológicas, la etnografía y la lengua de los indígenas y las supersticiones y las leyendas de los pobladores criollos.

Hacia la década del 90, es ganado por la arqueología, en particular, la del Noroeste, tema de la antropología a la que dedica sustanciales aportes. Su discípulo, Salvador Debenedetti, lo considera, además, el fundador de los estudios folclóricos entre nosotros. Desde el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, creado en 1904 y al que se incorpora al año siguiente, emprenderá numerosas expediciones a nuestras provincias andinas. Previamente, ya había recorrido la pampa central.

Lafón denomina “La consolidación” al período que va desde 1880 a 1910. Se multiplican las figuras, algunas de ellas extranjeras, como Eric Boman, Max Uhle, Roberto Lehman Nitsche, Ten Kate, quienes, junto a los argentinos Samuel Lafone Quevedo, Adán Quiroga, Luis María Torres, Félix Outes, Salvador Debenedetti y otros, van profesionalizando la indagación antropológica. Aunque no como carrera independiente, la antropología accede a la cátedra universitaria, constituyéndose Buenos Aires y La Plata en centros de transmisión de la disciplina.

En 1910, se iniciaría el período que Lafón denomina “la expansión” y que duraría hasta 1936. El *Congreso de Americanistas*, al comienzo, y la publicación de un tomo –que contenía una síntesis antropológica– de la *Historia de la Nación Argentina*, editado, al final de ese lapso, por la Academia Nacional de la Historia, serían los acontecimientos que enmarcan la etapa.

Madrado prefiere trazar, entre 1880 y 1930, un solo gran período (“los inicios positivistas”), señalando, empero, que hacia 1910, luego de la desautorización de Ameghino, se advierte una tendencia a perfeccionar el arsenal metodológico en busca de una mayor objetividad, en desmedro del discurso ideologizante de esos días. Aparte de la situación interna, se habrían recibido, aquí, los nuevos vientos que recorrían la antropología europea, como la instauración de la escuela histórico-cultural, corriente difusionista que alcanzaría singular fortuna entre nosotros.

Pero, el prejuicio positivista permanece. Transmitido desde el aparato estatal, funciona como soporte ideológico de concepciones populares que avalan nuestro disimulado racismo. Mucho más grave: persiste en el seno de una ciencia que debería poder comprender y explicar las diferencias. La actitud elitista hacia lo indígena y su consideración, apenas, como fuente historiográfica sigue vigente, aún entre escuelas antropológicas que abjurán del positivismo y dicen superarlo. A diferencia de los primeros antropólogos,

no se la hace explícita, y hay que leerla en las entrelíneas de los trabajos o escucharla en confesiones de pasillo o de gabinete. Frente a la creciente profesionalización de la disciplina, buena parte de los antropólogos sigue contemplando a su objeto con la misma óptica del dominador, como en los tiempos victorianos.

LA ÉGIDA HISTÓRICO-CULTURAL: 1930-1959

Para Madrazo, desde 1930 a 1955, se extiende un período que se caracterizaría por la supremacía de la corriente histórico-cultural, de cuna austríaca y alemana, preocupada por trazar una historia total de la humanidad desde presupuestos difusionistas. Lafón prefiere periodizar, más pormenorizadamente, distinguiendo, como ya dijimos, una “expansión” acaecida entre el *Congreso de Americanistas* de 1910 y la aparición consagratoria de la antropología en un tomo de la *Historia de la Nación Argentina*, así como por la edición de la obra *Epítome de Culturología* de José Imbelloni-Madrazo califica a este texto como “verdadera biblia histórico-cultural en el ámbito nacional” (Madrazo 1985: 30) –y por la fundación de la Sociedad Argentina de Antropología. Esta última institución fue, durante muchos años, más una sociedad de amigos de la antropología que un agrupamiento científico, dando cabida tanto a profesionales como a entusiastas aficionados.

Lafón, testigo presencial del período, llama “interregno” a la etapa iniciada en 1936 y concluida en 1948, luego de pintar, vívidamente, lo que llama el “estancamiento activo”, paradójica designación que enfatiza la coexistencia de diletantes y profesionales, con la victoria final de estos últimos.

Madrazo, más preocupado en ubicar los condicionantes estructurales en la historia de la disciplina, enfatiza el avance de la dependencia del país, durante la “década infame”, traducida en la creciente subordinación de la *intelligentsia* local a los nuevos vientos llegados de Europa. Señala la influencia de dos corrientes: una representada por el etnólogo francés Alfred Métraux, desde la Universidad de Tucumán, a cuyo Instituto de Antropología llegarían los aires “. . .de la antropología totalizante e histórica, frente a la corriente filosociológica de inspiración durkheimiana” (*op. cit.*: 27), y otra, de mayor fortuna, la de la escuela histórico-cultural, que llega al país con un antropólogo italiano: José Imbelloni.

Al igual que en el período anterior, se siguen discutiendo los indios muertos: las grandes polémicas de la época giran en torno a problemas arqueológicos, que dejaremos de lado. Madrazo señala, para entonces, el enfrentamiento entre los liberales y los representantes de una tendencia entroncada con

el nacionalismo oligárquico, encarnada, en antropología, por los histórico-culturales.

Dentro del grupo caracterizado como “liberal”, se registraban, también, algunos conflictos. Imbelloni así los sintetiza:

Véase el ejemplo tan conocido entre nosotros de la revolución cumplida cinco lustros atrás², en las Universidades de Buenos Aires y de La Plata, donde un núcleo de profesores jóvenes substituyó a los que enseñaban en esas aulas, después de haber absorbido el neo-idealismo del último movimiento filosófico europeo, cuyos cánones lograron esgrimir contra el ya esclerótico sistema de las ternas progresivas y del positivismo comteano. De esos ganglios intelectuales, el movimiento se extendió, con siempre menor resistencia, a todas las universidades del país, para ejercer una notable influencia, también, en las del exterior... (Imbelloni 1959: 37)

Profetizando otro eventual “golpe de estado” en la universidad, se pregunta:

...cuál sería su ‘sentido’, si de reacción o de intensificación: por un lado se vislumbran claras simpatías hacia la reimplantación positivista de los problemas, aunque disimuladas bajo terminologías ambiguas, y por el otro las tendencias a corregir la reforma anterior en lo que resultó ‘un cuento’, por haberse cargado de todo el lastre sociológico de Durkheim y compañeros, que fueron los más empecinados epígonos de Comte... (Op. cit.)

El “liberalismo”, a nuestro entender, abarcaba tanto a viejos y a nuevos positivistas, como a muchos neo-idealistas. Tal es el caso, en el campo de la filosofía, del influyente Alejandro Korn, neo-kantiano, cuya visión del mundo no le impedía militar en el Partido Socialista. A ese liberalismo se oponían los nacionalistas, muchos de los cuales adscribían, en política, a las ideologías irracionistas, que negaban los preceptos de la clásica democracia burguesa y se filiaban al fascismo, entonces triunfante en varios países europeos.

Es en ese contexto de lucha ideológica donde penetra, con fuerza, la corriente histórico-cultural, según Madrazo:

...el único aporte significativo de teoría y método que se produjo en el medio local rioplatense, y un factor de discusión ideológica por su fuerte contenido crítico antievolucionista y antirracionista. Esto último, sin embargo, no estuvo dirigido contra los trabajos anteriores de los pioneros ni contra ningún antropólogo actuante en el país, sino contra el evolu-

2 Escribía en 1942, es decir, se refería al año 1917.

cionismo cultural europeo, quizás por el origen de Imbelloni y otros y porque en la Argentina no hallarían entre sus contemporáneos ningún contendiente con una adscripción teórica definida. (1985: 29-30)

El año 1946 marca un cambio fundamental en la Argentina, con la llegada al poder del peronismo, la irrupción de la clase obrera como sujeto de peso en el proceso político y el comienzo de la inacabada discusión de “la cuestión nacional”. Ésta llega, en parte, por la vía de un nacionalismo oligárquico que contesta los preceptos liberales de “civilización” y “barbarie”, pero enarbolando, en muchos casos, la adhesión al fascismo como sustituto de la anterior adscripción al imperialismo anglosajón. De todos modos, la labor historiográfica coloca sobre el tapete una serie de temas tabú y obliga a revisar presupuestos, hasta entonces considerados sagrados, forzando a renovar los contenidos de un antimperialismo retórico que, en los hechos, legitimaba la dependencia de uno u otro polo del poder mundial.

La elite universitaria, positivista o neoidealista, no importa, no podía acompañar ese proceso, como casi toda la clase media atrapada “. . .entre su intuición del país traicionado y el pánico ante el fascismo prometido por el nacionalismo” (Hernández Arregui 1970: 280). Si, al decir de Madrazo, la antropología no tuvo un Germani, tampoco tuvo un Scalabrini Ortiz, ni un Jaureche, ni un Hernández Arregui. Con la defenestración de Francisco de Aparicio de la dirección del Museo Etnográfico, en 1946, y la de Enrique Palavecino, en el Instituto de Etnología de Tucumán, la escuela histórico-cultural reafirmó su dominio sobre la antropología argentina.

En cuanto al estudio de los indígenas vivientes, el cambio de dirección quitó sustento a la corriente teórica que llegó al país con el francés Alfred Métraux y que tuvo en Enrique Palavecino a su continuador. Etnógrafo infatigable, este último releva las culturas de los indios del Chaco en notables monografías que merecen reconocimiento internacional. Abreva en fuentes teóricas no frecuentes en el país, como las del culturalismo norteamericano, el estructural-funcionalismo y la identificación de áreas y capas culturales, que trata de aplicar a nuestro territorio. Incursiona, también, en la etnografía de los mapuche del Neuquén, pero sus aportes resultan atípicos en un medio preocupado, sobre todo, por la investigación arqueológica. Entre todos sus contemporáneos, tal vez Palavecino sea el único que responde a aquello que dijimos caracterizaba al antropólogo en general: convive con sus informantes, releva sistemáticamente su cultura, trata de avanzar en su comprensión desde adentro.

Lafón llama “la renovación” al período que va desde 1948 hasta 1959. Los hitos iniciales del período tienen que ver, casi todos, con aportes arqueológicos y con el esfuerzo etnohistórico de Palavecino para caracterizar la etnografía del país en el siglo XVI. Acontecimiento decisivo para los ar-

queólogos es la llegada y la instalación en el país de Osvaldo F.A. Menghin, prehistoriador austríaco notable, cuya actividad política, durante la Segunda Guerra Mundial, lo obligó al exilio. Entre otras cosas, había sido Ministro de Educación durante el régimen nazi que unificó a su país con Alemania (ver Fontán M. 2005).

En 1946, lo había precedido Marcelo Bórmida, joven antropólogo físico italiano, Oficial del ejército de Mussolini durante la contienda. Otro inmigrante político de la posguerra, el yugoslavo Branimiro Males, es el nuevo Director del Instituto de Etnología de Tucumán. Menghin comienza a trabajar en la Universidad de Buenos Aires. Bórmida cursa la carrera de Historia y acompaña, luego, a Imbelloni en sus expediciones a la Patagonia.

Madrazo rescata del enfoque imbelloniano el combate al etnocentrismo en antropología, hasta entonces vigente, en nombre de lo que se dio en llamar “humanismo” (1985:31). Claro que esa actitud de respeto retórico al “otro cultural” chocaba con el trasfondo ideológico fascistizante de estos investigadores, que trataban al indígena como mera fuente de datos históricos, sin la menor preocupación por su realidad presente (“El indio solo sirve como testimonio histórico o para justificar una sociedad de beneficencia”, decía Marcelo Bórmida en comunicación personal de 1962). Es decir, en los hechos, esto no difería mucho del enfoque etnocéntrico y racista de los antiguos positivistas, solo que tal enfoque era menos explícito, ya que los tiempos no permitían reflotar principios que habían servido de doctrina a los movimientos derrotados en la guerra.

Imbelloni y Bórmida viajan a la Patagonia y hacen la etnografía de los indígenas que allí viven. También antropología biológica, rama que Imbelloni impulsa (la llama “antropología morfológica”) y en la que lo siguen figuras como Dembo o el propio Marcelo Bórmida. Un sesgo de mayor cientificidad, de profesionalismo, comienza a aparecer en nuestra antropología. Autodidactas notables, como el médico Federico Escalada, practican también la etnografía y son alentados desde la universidad. El Museo de La Plata también incursiona, en 1949, por la Patagonia.

Paradójicamente, la discusión teórica de nuestros antropólogos recae sobre temas que, en el viejo mundo y en los Estados Unidos, habían perdido interés. En un país tan ligado al imperialismo británico, la escuela antropológica inglesa jamás hizo pie. Tampoco, la escuela sociológica francesa, de cuya tradición surgieran antropólogos brillantes, como Lévi-Strauss, quien, en la década del 30, por ejemplo, ayudaba a organizar la antropología brasileña. El culturalismo y el funcionalismo norteamericanos, desde Boas a Redfield o Linton, apenas si se mencionaban. Aquí, el combate todavía se daba en términos de “evolucionismo” versus “difusionismo” y el influjo histórico-cultural atrapaba a investigadores de posiciones políticas dispares,

como Salvador Canals Frau, Fernando Márquez Miranda y hasta el mismo Palavecino. Ni qué decir de que tampoco llegaban las preocupaciones indigenistas de la antropología mexicana.

Si Madrazo interrumpe su período de la “reacción histórico-cultural” en 1955, Lafón extiende el suyo, que llama de “la renovación”, hasta 1959, con la creación de las primeras carreras específicas. Es que la caída de Imbelloni, al producirse el golpe militar contra Perón, en verdad, no clausuró el auge de la escuela en Buenos Aires. Menghin y Bórmida mantuvieron, por largos años, las riendas del poder e influyeron en las generaciones sucesivas, en un proceso que aún continúa. La autodenominada “revolución libertadora” expulsó a los peronistas de la universidad, pero no, a los histórico-culturales del campo antropológico.

En esos años, proliferaron los arqueólogos, aparecieron algunos etnógrafos (en el sentido de estudiosos sistemáticos de grupos indígenas) y faltaron, por completo, los antropólogos sociales, capaces de ampliar el radio de la indagación antropológica más allá de los “objetos tradicionales”. El modelo del *sabio* polivalente mantuvo aún su vigencia y, a menudo, diversos profesionales incursionaron, al mismo tiempo, en una u otra rama de la antropología. Imbelloni, Palavecino, Bórmida, Vignati, Canals Frau son algunos ejemplos: ora cultivaron la arqueología, ora la etnología, ora la antropología física.

Si en otros países “lo campesino” originó estudios empíricos y discusiones teóricas, entre nosotros ese sector estuvo en manos de los folclorólogos. Ya el sesgo nacionalista del peronismo había sentado las bases del Instituto Nacional de la Tradición, desde donde Juan Alfonso Carrizo realizó su monumental recopilación de los cancioneros provinciales. Bruno Jacovella, Berta Vidal de Battini y otros investigadores persistieron en la tarea de relevar el patrimonio de las poblaciones consideradas tradicionales, en particular, dedicándose a especies musicales (área en la que sobresale el musicólogo histórico-cultural Carlos Vega) y literarias (narrativa tradicional, formas poéticas, etc.). La cultura de nuestras poblaciones rurales no era considerada en su totalidad sino temáticamente. Hay trabajos sobre fiestas populares; cocina tradicional; medicina folclórica; técnicas de tejido, de alfarería o platería: tópicos que pasan a ser preocupación principal de los investigadores, sin que nos sea dable descubrir en sus escritos, salvo honrosas excepciones, cómo vivían los productores de esos bienes culturales, de qué forma se integraban a la vida regional y nacional, cuáles eran los condicionantes estructurales de su forma de existencia.

En el terreno teórico, Lafón señala dos corrientes principales en el Folclore: la “histórico-cultural”, encarnada por Imbelloni, y la del “método integral”, cuyo liderazgo ejerciera Augusto Raúl Cortazar. Este último investigador dejó una marca perdurable en la disciplina. Traductor de Malinowski, intentó

introducir los conceptos funcionalistas en el Folclore, incitando a relevar la totalidad de la cultura en sus múltiples interrelaciones, lo que constituyó un avance notable para la época. Incentivó el trabajo de campo sobre el terreno y sistematizó el andamiaje metodológico y técnico. Lamentablemente, limitó el campo de la indagación legítima del folclorólogo a lo tradicional, anónimo, oral, colectivo, etc., descuidando toda vinculación con lo actual, moderno y desarrollado. De tal forma, el terreno del Folclore debía limitarse a remotas comunidades aisladas y autosuficientes, de las que quedaban pocas en el país. Contradiciendo la proclamada vocación totalizante del funcionalismo (todo es importante para todo), quedaban fuera de la preocupación folclorológica vastas regiones del país, procesos importantes como las migraciones internas, la actividad laboral ejercida fuera del reducido “pago” tradicional, las articulaciones con la sociedad global. En suma, y en esto sí hay coherencia con el funcionalismo, la inserción de las comunidades estudiadas en el proceso histórico concreto.

La influencia de Cortazar se haría más evidente después de la caída del peronismo, pero ya antes, desde su “Seminario de Folclore”, instalado en 1954, en la Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A., inició su prédica dirigida a un público amplio, que cuajaría, en 1955, con la instauración de una Licenciatura en Folclore, carrera menor de nivel universitario. El auge de la ciencia folclórica coincidiría con el de la música y con el de la danza nativas, proceso que se vincula a los cambios demográficos operados en la ciudad de Buenos Aires con la industrialización y al decidido apoyo político que le brindó el peronismo a estas expresiones.

La preocupación cortazariana por difundir su concepto científico del “folclore” tuvo amplio eco entre los cultores de lo nativo y popularizó términos como “proyección folclórica” (expresiones cultas basadas en lo nativo) o “folclorólogo” (término acuñado para diferenciar al científico de los músicos populares, que habían usurpado el título de “folclorista”).

De la vertiente histórico-cultural, surgió otro investigador, Armando Vivante, que esgrimía un concepto diferente del hecho folclórico, cuya existencia admitía aún en medios urbanos. Se preocupó, entre otros temas, por la medicina tradicional y cultivó la etnología, con una temática proclive al sensacionalismo exotista: negros prehispánicos, pigmeos precolombinos, mapas indígenas, etc. Su influencia se ejerció –y se ejerce aún–, por largos años, en la universidad de La Plata.

Otra brecha, en la unanimidad histórico-cultural que campeaba en la antropología de la época, provino del campo arqueológico. Alberto Rex González obtuvo en los Estados Unidos su Posgrado en Arqueología e introdujo, en el país, las técnicas rigurosas que allá se practicaban, incluyendo el fechado por el Carbono 14, procedimiento surgido desde la reciente física nuclear.

Con él, se acentúa la profesionalización de la arqueología pero trae, también, aportes teóricos que influirían sobre la antropología en general. Su adscripción al campo del neoevolucionismo arqueológico lo enfrentó al difusionismo imperante. Reinterpretó las culturas indígenas no solo en términos de redefiniciones cronológicas o de nuevo planteo de secuencias, sino en tanto rescate de su aporte a la cultura nacional y universal, oponiéndose al hispanismo etnocéntrico o a la consideración pintoresquista de lo nativo para solaz de la elite intelectual. Reclamó la instauración de una antropología diferente, que impulsaría luego, a través de sus discípulos, en las universidades de La Plata, de Córdoba y de Rosario.

A modo de resumen, durante este período, crece la profesionalización del quehacer antropológico, el número de cátedras universitarias refugiadas en carreras de Historia o de Ciencias Naturales, el de publicaciones e institutos. El sesgo etnocéntrico parece ceder. El país se mantiene, sin embargo, al margen de las discusiones teóricas que sacuden a la disciplina en otras latitudes y da cabida a una escuela cuyo periplo parecía agotado: el histórico-culturalismo. En cuanto a campos de investigación, se practica mucha arqueología, poquísima etnografía y algo de folclore. Aparecen síntomas de un interés diferente por las poblaciones estudiadas, que se inserta en el reavivamiento de las discusiones de “la cuestión nacional”, que el peronismo provoca. Síntomas, apenas; el grueso de los investigadores sigue haciendo antropología para satisfacer curiosidades personales, para rescatar, románticamente, bellos ejemplares del patrimonio tradicional, para discutir, en los cenáculos, sobre episodios remotos. El debate ideológico se desenvuelve en marcos acotados y entre pares. Nadie se plantea la posibilidad de aplicar el conocimiento acumulado a la realidad concreta. El “otro cultural” sigue siendo absolutamente *otro*, testimonio, objeto, materia prima de una manipulación a la que permanece ajeno, al margen de americanismos o humanismos retóricos.

LA PROFESIONALIZACIÓN: 1959-1966

Madrazo coloca, en 1955, el hito inicial de lo que llama “la apertura teórica”. Lafón hace arrancar, de 1959, su “nueva antropología”, signada por la creación de carreras específicas. Pensamos que este último acontecimiento constituye el marco más significativo de un cambio que lleva a la sociedad argentina a encarar la producción sistemática de un nuevo tipo de profesional.

El golpe de 1955 propicia una suerte de restauración liberal, vinculada a la ola modernizante que se corporizaría, luego, en el desarrollismo, la reivindicación de una democracia entendida como “gobierno de los democráticos”, la proscripción de las mayorías y un afianzamiento de las relaciones de dependencia que atarían al país, esta vez, a la órbita del imperialismo norteamericano. El frente que apoyó y generó el golpe no tardaría en presentar fisuras.

En la esfera universitaria, que se organiza según los cánones reformistas, se democratizan, formalmente, las estructuras y se procura modernizar la enseñanza y sus contenidos. Hay sectores que pugnan por abrir los claustros sin exclusiones, que se preocupan por poner al servicio del pueblo, en general, la acción cultural y técnica que, en ellos, se genera (Departamento de Extensión Universitaria, creación de EUDEBA) y por garantizar el debate pluralista. Sin embargo, chocan con otros, que se conjugan mejor con el proscrip-tivismo imperante y que pretenden, a toda costa, borrar toda huella de los años anteriores.

El proyecto modernizante, con apoyo de la tendencia liberal-desarrollista, impulsó la creación de carreras nuevas en el área de Humanidades. Desde 1957 a 1959, surgen, en la Universidad de Buenos Aires, las de Psicología, Sociología, Ciencias de la Educación y Ciencias Antropológicas. El modelo es, claramente, instrumental: se trataba de formar científicos capaces de relevar, sistemáticamente, la realidad y aportar conocimientos para resolver problemas sociales. Los marcos teóricos abrevaban en las últimas concepciones forjadas por la ciencia anglosajona y europea, y planteaban la investigación empírica como una necesidad apremiante.

Cronológicamente, la primera Licenciatura en Antropología nace en 1958, en La Plata, con una orientación muy ligada a la tradición naturalista, forjada desde Ameghino y Moreno en el museo de esa ciudad. Luego viene Buenos Aires, en 1959, donde la carrera se construye a partir de la de Historia. Otro tanto sucede en Rosario, lugar donde, primero, se implanta una orientación dentro del Profesorado en Historia, y, en 1966, se la convierte en Licenciatura.

La expectativa instrumental del gobierno y la del alumnado que se inscribe en la carrera porteña tropiezan con la materia prima empleada para su construcción: la escuela histórico-cultural no ha perdido sus fueros y continúa vigente. La orientación de la enseñanza sigue privilegiando la investigación antropológica como reconstrucción histórica hipotética. De indígenas o criollos, lo que interesa –se enseña– es aquello que conservan del pasado, no su realidad presente. Debe indagarse cómo era la vida de esos pueblos antes, no cómo es ahora. Hay que buscar el origen, lo más remoto posible, de los

elementos culturales; buscar su parentesco con los de otras culturas; trazar el camino de los préstamos de dichos elementos entre diversas etnias.

Son tiempos de politización intensa y de perplejidades. La antinomia peronismo-antiperonismo se resquebraja al calor del autoritarismo antiperonista, cuya faz represiva se revela mucho más rígida y despiadada que la que pudo mostrar la “tiranía” derrocada. El proyecto desarrollista también enfrenta oposición desde la clase obrera, que desenvuelve una serie de luchas, clandestinas o públicas, en el proceso que se llamó “la resistencia peronista”. En el aspecto político, la obstinada proscripción de las mayorías no permite la estabilización de un régimen civil, y los planteos castrenses se suceden.

En la universidad, se vive el período que alguien llamó de la “isla democrática”: mientras la sociedad se convulsiona ante la creciente represión, los claustros de profesores, estudiantes y graduados eligen representantes a cuerpos colegiados que gobiernan las casas de estudio. El concurso pasa a ser una vía frecuente de acceso a la docencia. La liberalidad imperante posibilita la supervivencia del núcleo histórico-cultural en Antropología, cuyos integrantes se oponen a la práctica de la Antropología Social, pese a que esa especialidad se encuentra, formalmente reconocida, en el plan de estudios porteño.

El conocimiento de nuevas vertientes teóricas llega, para los estudiantes interesados en la renovación, desde las cátedras de las carreras de Sociología y Psicología, que pueden cursar como optativas. La orientación allí vehiculada es el estructural-funcionalismo, pero, también, se inicia el estudio de autores vinculados a vertientes marxistas. Comienzan a aparecer, en el país, institutos de investigación relacionados con fundaciones multinacionales, como el Instituto Di Tella, cuyo papel crecería en el período subsiguiente. Frente a ellos, se alzaría la vigilancia crítica de estudiantes y de recientes egresados, cuya conciencia antimperialista los ponía en guardia frente a la imposición foránea en la materia.

A partir de 1962, aparece en escena la generación de los nuevos graduados. A nivel estudiantil, se reúnen en congreso, en 1961, estudiantes de antropología de todo el país: alumnos algunos de carreras específicas, otros de orientaciones en cursos afines. Discuten, en Rosario, sobre el futuro que quieren para la disciplina, prevaleciendo, en el encuentro, el deseo de ruptura con las concepciones elitistas y de compromiso con la realidad nacional y con las capas sumergidas de la sociedad. A los inconformistas porteños, enfrentados al histórico-culturalismo, se unen cordobeses, platenses y rosarinos, entre los cuales había calado hondo la influencia de Alberto Rex González.

Es un momento de clivaje, en que se van separando los aprendices de antropólogos que adhieren a la propuesta reconstructiva histórico-cultural

y los que se adscriben, algo intuitivamente, a lo que gustan denominar “antropología social”. Entre nosotros, el término adquiere connotaciones peculiares que poco tienen que ver con lo que, por tal, se entiende en la teoría antropológica general: una orientación nacida en Gran Bretaña enfrentada al culturalismo norteamericano, que privilegiaba el estudio de las estructuras sociales de los llamados “pueblos primitivos”. Aquí, se la asume como oposición a la corriente historicista, que la negaba apasionadamente, y se la entiende como una antropología total, superadora del estudio limitado a los objetos “clásicos” (“primitivos”, es decir, indios entre nosotros, y “pueblo folk” o “campesinos tradicionales”) y con marcada preocupación por el relevamiento de toda la realidad y por la aplicación práctica del conocimiento adquirido. Fuera de su predilección temática por lo actual, no se la puede adscribir a una orientación teórica definida, y sus cultores tanto abrevan en el estructural-funcionalismo como en corrientes estructuralistas o neo-marxistas.

Con los primeros egresados de las nuevas carreras, que se forman a partir de 1962, un antropólogo diferente entra al mercado e inicia la lucha por imponer sus puntos de vista. Es lo que Madrazo llama “la apertura teórica” y Lafón designa como “nueva antropología”. Hay mucho autodidactismo en los nuevos profesionales egresados de Buenos Aires que carecen de maestros. Se forman grupos de estudio, se aprovecha la llegada desde Europa de científicos sociales allá formados, como Eliseo Verón –quien introduce a muchos en el estructuralismo– y, en general, se recurre a la carrera de Sociología en la búsqueda de aperturas teóricas e instrumentación profesional. En el ámbito académico, este enfoque distinto aparece, primero, en la docencia auxiliar e intenta, luego, el acceso a la cátedra.

La intención modernizante del desarrollismo esperaba, como dijimos, un tipo de antropólogo diferente del que querían formar los profesores de Buenos Aires, que coincidía bastante con la autoexpectativa de quienes cursaron la carrera. Muy tenuemente, se insinuaba un mercado de trabajo posible en el que los noveles profesionales se abrían paso. Algunos dictaban cátedras para otras carreras; otros se comprometían en tareas relacionadas con el desarrollo de comunidad, por entonces muy en boga; otros trabajaban en agencias de promoción agrícola, como INTA. En esa inserción laboral, los ayudaban profesionales de otras disciplinas, como médicos, ingenieros agrónomos y arquitectos que esperan de la antropología aportes para enfrentar diversos problemas.

Por otra parte, la llamada “revolución libertadora” había creado dos instituciones, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (luego, CONICET) y el Fondo Nacional de las Artes, que significan fuentes de financiación para algunos investigadores. En el segundo, Augusto Raúl Cor-

tazar impulsa los estudios folclóricos. El primero otorga a Esther Hermitte una beca que le permitirá recibir una sólida formación en los Estados Unidos, ya decididamente en una orientación antropológico-social. Regresa en 1965 y accede a la cátedra universitaria al año siguiente, pero la reinstauración del poder militar frustra su experiencia docente.

La etnografía indígena continúa siendo una disciplina poco frecuentada. El mismo Bórmida la abandona, largo tiempo, para dedicarse a la investigación arqueológica. Sobresale, en la época, Rodolfo Casamiquela, investigador llegado desde la paleontología, formado en La Plata, profundo conocedor de las culturas aborígenes de la Patagonia y, en particular, de las lenguas indígenas. Sus inquietudes transitan por diversas ramas de la antropología y de las ciencias naturales.

En 1965, La Plata inaugura su cátedra de Antropología Social (ocupada por José Cruz, primero, y Mario Margulis, después), indicador de cómo la especialidad va adquiriendo mayor consenso. En Buenos Aires, la cátedra homónima permanece fuera de la carrera específica, albergada en la de Sociología, donde la dicta, por primera vez, el antropólogo norteamericano Ralph Beals.

Dentro del conjunto de las ciencias antropológicas, algunos arqueólogos dieron apoyo a los jóvenes egresados y alumnos que se resistían al modelo elitista de investigador que se pretendía formar desde las cátedras. Ya hablamos de la influencia, en tal sentido, de Alberto Rex González. En Buenos Aires, desempeñó un importante papel Ciro René Lafón, de filiación histórico-cultural pero sensible a los nuevos tiempos y preocupado por “la cuestión nacional”. No hesitó en recorrer un periplo poco frecuente y en encabezar equipos de alumnos que, en la quebrada de Humahuaca, iniciaron una indagación diferente de la realidad local.

Resulta difícil hacer nombres en esta generación de antropólogos, muchos de los cuales fueron condiscípulos del autor de estas líneas y que, en el período que nos ocupa, tuvieron pocas posibilidades de dar salida a sus inquietudes. La mención va a ser, forzosamente, incompleta, tal vez injusta, y en función no tanto de su actuación en la época como de sus proyecciones posteriores.

Por sus tempranos aportes a la teoría antropológica y por la influencia que ejerció entre un grupo de colegas, no podemos dejar de citar, sin embargo, a Eduardo Luis Menéndez. Blas Manuel Alberti también se destaca en el conjunto por sus intentos de replantear la antropología, así como Santiago Alberto Bilbao, cuyos esfuerzos se vincularon, desde el comienzo, con la aplicación del conocimiento a tareas concretas. Primero, desde el Instituto Nacional de Antropología; más tarde, en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA). Margulis y Cruz, en La Plata, señalan rumbos inéditos

tos, así como Edgardo Garbulsky y José Najenson, en Rosario. En Córdoba, comienza a estructurarse un grupo, el de *Pasado y Presente*, de ponderable gravitación, no solo en antropología sino en ciencias sociales en general. En esa provincia, en el ámbito antropológico-social, se destaca Beatriz Alasia de Heredia.

Muchos graduados optan por aceptar los lineamientos teóricos histórico-culturales, cuyos voceros siguen negando toda posibilidad de investigación aplicada, aunque, a veces, la planteen oportunísticamente. Se destacan, en ese núcleo, Mario Califano y Alfredo Tomasini, quienes practican la etnografía indígena. Hacen trabajo de campo, obtienen subsidios y publican. El interés por el estudio de aspectos descontextualizados de la realidad, como las mitologías indígenas, basado en presupuestos irracionalistas y en una particular versión de la fenomenología, comienza a sustituir al histórico-culturalismo original. Marcelo Bórmida maniobra para conservar el poder, frente a una presión creciente que exige modificaciones, ya durante el turbado período de Frondizi-Guido, ya en el intento democrático formal de Arturo Illia.

Todavía, las investigaciones más actualizadas son pocas y tropiezan con evidentes dificultades para conseguir financiación o publicar sus resultados, pero se percibe el cambio. La antropología pugna por salir de los cenáculos e integrarse, interdisciplinariamente, a otros enfoques. Desde una u otra tendencia, los antropólogos salen a relevar la realidad de nuestra población viviente, aunque los indios muertos sigan acaparando la mayoría de los recursos. La cantidad de nuevos graduados genera calidad y la consideración del “otro cultural” empieza a encarrilarse dentro de los cánones más modernos de la disciplina. Hasta que, de nuevo, llegan los tanques.

LA CENSURA: 1966-73

Lafón y Madrazo coinciden en que 1966 representa un hito: “el fin de la nueva antropología”, para el primero, o “el de la apertura teórica”, para el segundo. La llamada “revolución argentina”, que derrocó al presidente Illia, se caracterizó por sus ribetes mesiánicos: no se trataba de un movimiento provisorio ni se planteaba la salida institucional. Debería estar en el poder hasta plasmar un régimen definitivo, sin partidos políticos y con una orientación impuesta desde arriba. Su arbitrariedad golpeó duro a los universitarios, literalmente y con largos bastones.

Indignados ante el atropello, decenas de miles de docentes presentaron sus renuncias, con la esperanza de producir un hecho político resonante. Otros

prefirieron permanecer, para luchar desde adentro. Nada de eso conmovió al régimen soberbio y, al poco tiempo, todos deben conformarse con luchar desde afuera. Sería la primera oleada del exilio, externo e interno, que golpea también a la antropología. Casi toda la nueva generación orientada hacia la antropología social debe abandonar los ámbitos oficiales, anegada, al parecer definitivamente, la “isla democrática” por las olas del autoritarismo.

En Mar del Plata, se reunió, a poco de instaurada la dictadura, el *Congreso Internacional de Americanistas*, que había sido preparado por el derrocado gobierno civil como adhesión a nuestros 150 años de vida independiente. Durante el mismo, graduados y estudiantes denunciaron, en volantes, el racismo del nuevo régimen, cuyo presidente, el general Onganía, había calificado como de inferior calidad a la inmigración latinoamericana que el país recibía, por su origen indígena.

Los golpes más duros recayeron sobre Buenos Aires, donde Marcelo Bórmida adquiere hegemonía absoluta, dominando resortes vitales, como el CONICET. En La Plata, Alberto Rex González permanece, manteniendo vivo el anhelo de actualización que había signado el período anterior. Rosario consigue instalar su Licenciatura, sobre la cual se ejercería, de inmediato, severa presión. Varios antropólogos rosarinos y porteños emprenden el exilio a Chile.

Los universitarios expulsados de todas las especialidades comienzan a reunirse en centros de estudio privados, donde muchos estudiantes universitarios van a buscar una formación mejor que la que les brindan las casas de altos estudios censuradas. En Ciencias Sociales, adquiere relieve el Instituto Di Tella, que alberga a Esther Hermitte, en el área de antropología social, y donde trabajan, temporariamente, diversos antropólogos jóvenes.

En el interior, subsisten algunas islas. Guillermo Madrazo crea un Instituto de Investigaciones Antropológicas a partir del Museo Etnográfico Municipal de Olavarría, el espacio de cuyas publicaciones pone a disposición de sus colegas antropólogos sociales, si bien la producción del Instituto es, predominantemente, arqueológica. La Universidad de La Plata instaura la orientación terminal en Antropología Social en su Licenciatura. En 1969, Eduardo Menéndez consigue que se implemente la carrera de Antropología en la Universidad Provincial de Mar del Plata, con dos orientaciones: Arqueología y Antropología Social. Será área de refugio para profesores viajeros, no solo antropólogos sino sociólogos e historiadores.

Entre los que habían elegido caminos no académicos, Santiago Bilbao hace carrera en INTA. Primero, en Presidencia Roque Saenz Peña, Chaco, donde lo acompañará el recién egresado Leopoldo Bartolomé. Luego, en Tucumán, provincia golpeada por el autoritarismo. Allí, desenvolvería una memorable tarea junto a obreros cañeros desplazados de su trabajo a los

que se pretendía reconvertir, forzosamente, dentro de otras ramas agrícolas. Con esos pobladores, organiza instituciones cooperativas y fomenta formas democráticas de decisión.

Es época de redefiniciones. La proscripción, que antes alcanzaba solo al peronismo, afecta a todo el espectro político. Aparece en escena lo que se dio en llamar la “izquierda peronista”, que, entre sus ideólogos, cuenta con figuras como John William Cook o Juan José Hernández Arregui. El peronismo comienza a ser revalorado. Con él, el significado de “la cuestión nacional”. Hay impresionantes insurrecciones populares, como “el rosariazo” o “el cordobazo”, que, en 1969, cierran la etapa mesiánica del movimiento militar y fuerzan la búsqueda de una salida institucional. Se inaugura, también, la lucha armada en sus varias vertientes.

En ciencias sociales en general y en antropología en particular, hay una reacción frente a cierta ofensiva de las fundaciones extranjeras que pretenden captar para sí a la *intelligentsia* náufraga de las universidades. El intento de reproducir aquí el criticado Plan Camelot –que había pretendido, en Chile, medir el potencial revolucionario del pueblo– suscita, hacia 1967, jornadas clandestinas de sociología y antropología, que tienen lugar en templos católicos. Porque, en la Iglesia, también los vientos de Medellín habían dado nacimiento al movimiento de *Sacerdotes para el Tercer Mundo*, que reclamaba un compromiso con el pueblo sojuzgado. En las jornadas, se fustiga a quienes ceden ante la tentación externa.

La aparición de un nacionalismo diferente, que se proclamaba “popular” para diferenciarse del que caracterizaba a la oligarquía, y cuyos análisis se basaban en la “teoría de la dependencia”, tiene concreciones universitarias. Son las llamadas “cátedras nacionales”, de creciente influencia, a las cuales se vinculan algunos antropólogos. Guillermo Gutiérrez edita su *Antropología del Tercer Mundo*, revista de gran repercusión entre las capas medias universitarias, cuyo contenido excedía la problemática antropológica tradicional para incursionar en el análisis histórico-político³.

La arqueología continúa siendo la rama privilegiada de la antropología oficial. En Buenos Aires, la investigación etnológica es impulsada entre etnias indígenas locales y de los países vecinos, en una indagación que centra en la llamada “conciencia mítica” su preocupación excluyente. El irracionalismo y la fenomenología, entendida como ausencia de teoría y captación casi mágica de esencias culturales, son los marcos teóricos esgrimidos, que resultan, particularmente, agradables al régimen.

3 Recientemente, apareció una edición completa de esa publicación, con CD y reproducción facsimilar de artículos: *Antropología 3er Mundo*, dirigida por Guillermo Gutiérrez con prólogo de Guillermo Gutiérrez (2009), 1ª ed. Buenos Aires. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Algunas novedades se producen en el estudio de los habitantes del campo, monopolio, hasta entonces, del folclore. Esther Hermitte y Carlos Herrán conducen estudios en Catamarca con prolongada permanencia en el campo. De Inglaterra llega Hebe Vessuri, que desarrolló su carrera en el exterior y trabaja en Tucumán y en Santiago del Estero, vinculada a la universidad local. Eduardo Archetti arriba de Noruega y releva la situación de los colonos del norte de Santa Fé, con sustanciales aportes a la teoría del campesinado. Santiago Bilbao deja también, en medio de su intensa labor aplicada, páginas fundamentales sobre migrantes rurales del noroeste. Leopoldo Bartolomé, que hace su posgraduación en los Estados Unidos, estudia los colonos europeos de su Misiones natal. Luis Gatti, posgraduado en Brasil, estudia cañeros salteños. Parecerían abrirse perspectivas importantes, en un área casi inédita de la investigación antropológica entre nosotros.

La dictadura creyó haber “limpiado” los claustros universitarios, con mayor o menor profundidad. Sin quererlo, y al calor de acontecimientos históricos impresionantes generados por la resistencia popular a sus planes, favoreció, en aulas y en cátedras, un debate nuevo, donde posiciones que parecían irremediablemente enfrentadas alcanzaron acuerdos inéditos. Los que optaron por el exilio –forzados o no– robustecen su formación en el exterior. En el país, hay núcleos de resistencia, algunos de los cuales aún ocupan espacios en universidades del interior. Otros se refugian en centros de estudios donde, apartados compulsivamente de la lucha ideológica interna en la universidad, encuentran interlocutores válidos intra e interdisciplinarios. Autodidácticamente, van afianzando su proyecto de construir una antropología distinta. El retroceso del régimen en su última fase y la realización de elecciones libres, por primera vez en 18 años, parecían augurar cosas mejores.

LA POLITIZACIÓN Y LOS ENFRENTAMIENTOS: 1973-74

El triunfo popular en las elecciones inauguró tiempos, verdaderamente, vertiginosos. El gobierno electo pretendió impulsar un proyecto de liberación nacional, basado en una movilización constante de las bases, que tropezó, de inmediato, con las discrepancias internas, hasta entonces acalladas. El poder militar se retiró de la escena, expectante, y con él, sus personeros. En antropología, le tocó, esta vez, a Marcelo Bórmida buscar un área de refugio, si bien el nuevo gobierno no lo despojó de sus vínculos con la universidad. Su condición de investigador del CONICET le permitió proseguir sus investigaciones etnológicas, y él y sus discípulos crearon, prudentemente, un

Centro de Estudios con financiación estatal (Centro Argentino de Etnología Americana: CAEA) desde donde continuaron –y continúan– produciendo.

Gente joven y entusiasta asumió la conducción de la carrera porteña y a ella reingresaron muchos de los antropólogos que habían sido marginados por la dictadura. La mayoría de los profesores que había permanecido en la universidad prestó su apoyo al esfuerzo, que se proponía revertir el sentido elitista de la disciplina y volcar, decididamente, a la antropología hacia una labor transformadora. Con el trabajo voluntario de graduados y estudiantes, se rehabilitó el viejo Museo Etnográfico, que sacó su acervo a la calle. Temas inéditos fueron desarrollados desde las cátedras, como “El gaucho y el indio en la historieta argentina” o “Análisis de contenido de los libros de lectura en la escuela primaria”, este último llevado adelante por una conocida folcloróloga, Susana Chertudi, especialista en narrativa folclórica. Se dictaron seminarios de vivienda popular, de medicina, de educación y, hecho absolutamente insólito, los “otros culturales” penetraron en el ambiente universitario a dialogar y a discutir con los investigadores. Indígenas y villeros se volvieron una presencia frecuente en los claustros, ya no como objetos de estudio sino como interlocutores.

Pasada la primera efervescencia, se trazó, por consenso, un nuevo plan de estudios que pretendía formar profesionales especializados en arqueología, en política indígena, en salud, en educación y en vivienda, áreas consideradas prioritarias, en función de necesidades populares. Tan brusco viraje provocó el desagrado tanto del viejo mundo académico como de sectores derechistas del propio gobierno. La crítica liberal suele denostar la “pérdida de especificidad” de la disciplina, que habría acaecido, en el período, al calor de la politización; la izquierda reprocha la incorporación de contenidos “populistas” a las bibliografías; la de derecha, la “infiltración marxista” en un nacionalismo que juzga espurio y sin la suficiente alcurnia. Lo cierto es que los tiempos no permitieron decantar la efervescencia inicial (aunque se intentó) ni encauzar los entusiasmos por carriles normales. Política y ciencia estaban demasiado entrelazadas y confundidas, y el eco de las posiciones iconoclastas, pronto, habría de desencadenar, de nuevo, la represión lisa y llana.

Mientras tanto, la Universidad de Salta inauguraba, en 1973, su carrera específica y, poco después, se desarrollaban, en la ciudad norteña, unas activas jornadas de la disciplina. En Misiones, a inspiración de Leopoldo Bartolomé y de Luis Gatti, nacía, al año siguiente, la primera Licenciatura exclusivamente dedicada a formar antropólogos sociales. En Horco Molle, Tucumán, especialistas del ámbito agrícola (la mayoría antropólogos, como el propio Bartolomé y como Hebe Vessuri) se reunieron, en 1974, a debatir sobre temáticas vinculadas a la reforma agraria.

REPRESIÓN Y PARALIZACIÓN TEÓRICA: 1974-1983

Ya en las postrimerías del gobierno peronista, la represión se desata desde sectores del Estado y desde organismos parapoliciales sobre la universidad y, en particular, sobre las “sospechosas” ciencias sociales, la antropología entre ellas. Muerto Menghin, Bórmida reasume la conducción, colaborando en el proyecto de destrucción de la antropología argentina, no obstante haber sido uno de los impulsores de la creación de la carrera, 17 años atrás. La idea era retrotraer la Facultad de Filosofía y Letras a las “inofensivas” humanidades, para lo cual se separan de ella los cursos de Sociología y de Psicología, reduciéndose el primero a una suerte de posgrado que funcionará en la Facultad de Derecho.

La “limpieza” comienza ya con la llamada “misión Ivanisevich”. En muchos casos, las nuevas autoridades ni se molestan en promulgar cesantías: dejan de pagar sueldos y prohíben la entrada a la facultad a quienes consideran indeseables. El golpe militar continuará en esta línea, aunque ampliando el espectro persecutorio.

En Tucumán, el lopezreguismo ataca, con saña, el excelente trabajo cooperativo de Santiago Bilbao. Detenido y maltratado, esta notable figura de la antropología aplicada consigue la opción para salir del país, prevista por el estado de sitio vigente, y migra a Venezuela.

En 1975, Marcelo Bórmida y Benigno Martínez Soler consiguen que la universidad porteña, por resolución, convierta la Licenciatura en Ciencias Antropológicas en una orientación de la carrera de Historia. La reacción, entre otros, del Colegio de Graduados en Antropología, que había sido creado en 1972, detiene la medida. El Interventor militar del “Proceso”, bien asesorado, intenta, en 1976, vaciar el curso de toda posibilidad de aplicación. Se elimina la Antropología Social y se admite, como especializaciones, solo la Etnología, la Arqueología y el Folclore. Para propiciar un vuelco hacia la docencia, se otorga el título de Profesor de enseñanza secundaria en la especialidad (que no se dictaba en escuelas secundarias). En 1981, se cierra la inscripción de nuevos estudiantes para convertir al curso en un posgrado, pero el Colegio de Graduados consigue detener ese intento en 1982. Acosada, vacía de contenido, la carrera porteña se mantiene (Madrado 1985).

El fallecimiento de Bórmida, en 1978, promueve a primera fila a sus discípulos y seguidores, que se ocupan de fortalecer, con subsidios oficiales, el centro de investigación privada, que crearan en 1973. Desde ese y otros núcleos de poder, continúan la obra del maestro, editan lujosas publicaciones y viajan, frecuentemente, al exterior. De hecho, monopolizan la labor antropológica, tanto en la esfera académica como en investigación, con el beneplácito del gobierno autoritario.

La reducción a posgrado también se ensaya en La Plata, en 1976, pero el intento se frustra, en 1978. En Rosario, tienen más suerte y consiguen retornar al posgrado en Historia, con el mismo plan de 1959. En 1975, la represión desplaza al equipo de Menéndez de Mar del Plata y, poco después, se cierra la inscripción, dictándose las últimas materias en 1978. En 1976, también se cierra la inscripción en Salta, donde la carrera tambalea pero permanece en estado latente, hasta ser rehabilitada junto con la democracia.

Misiones sobrevive milagrosamente. Volcada hacia la antropología social, docentes y estudiantes consiguen vincular el curso a estudios concretos de la realidad local, convirtiéndose en asesores del Ente Binacional Yaciretá y demostrando su eficiencia. Algunos profesionales de valor encuentran allí refugio. En setiembre de 1983, ya en la agonía del "Proceso" militar, convocan, en Posadas, al *Primer Congreso Argentino de Antropología Social*.

El exilio aumenta en el período. Quien no parte por cuestiones políticas lo hace por razones económicas. Se cierran las fuentes de trabajo y toda la antropología parece destinada a desaparecer del escenario argentino. La diáspora se distribuye por todo el mundo: Venezuela, España, Suecia, Francia, Brasil, México, Argelia, Italia, Ecuador, Costa Rica ven llegar a los antropólogos argentinos en fuga. Por lo general, su actuación es brillante. En espacios académicos propicios, desenvuelven todas sus potencialidades y se destacan por sus aportes teóricos y por sus trabajos empíricos. Muchos echan raíces hondas y su recuperación, para el país, se torna difícil.

Dentro, se resiste. Se abren espacios en el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y hasta una Maestría en Antropología Social en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), impulsadas por Esther Hermitte. Edgardo Garbulsky y sus colegas rosarinos se nuclean en una asociación que lucha por la reapertura de la carrera. Blas Alberti organiza un Centro de Estudios de Antropología, donde lleva adelante experiencias interdisciplinarias. El pésimo nivel de los cursos oficiales origina cierta demanda en la docencia, pero investigar se vuelve difícil. Las penurias de la antropología solo acabarían al reingresar el país en la perspectiva democrática.

REENCUENTRO Y NUEVAS BASES: 1984 EN ADELANTE

El resto lo estamos viviendo. Con el gobierno electo por el pueblo, se produce el retorno de muchos antropólogos exiliados. Se modifican planes de estudio, se proveen cátedras por concurso, se inicia la rehabilitación de los órganos de gobierno participativos en la universidad. Rosario pone de pie su

Licenciatura, Salta la reorganiza, Jujuy la crea. Los personeros del “Proceso” militar son cuestionados, y los jóvenes estudiantes conocen, por primera vez, a los representantes de una generación prohibida. Las experiencias se juntan y el diálogo se reanuda.

De nuevo, la Antropología Social accede a las cátedras y se convierte en orientación. Para quienes la vimos tan perseguida, resulta notable la aceptación, hoy en día, de la antropología social como sinónimo de *toda la antropología* no arqueológica, o “antropología del viviente”, al decir de Bórmida. La arqueología, también diezmada, ve reconstruirse sus equipos, y modernizarse sus técnicas y sus marcos teóricos. Otro tanto ocurre con el folclore.

En 1985, Olavarría convoca al *Ier. Congreso Argentino y Latinoamericano de Antropología Rural*, donde se descubre que los estudios sobre temas campesinos no estaban muertos en el país. Acuden especialistas de Brasil y Chile, estudiantes de toda la República, de Uruguay y de Perú. En 1986, se efectúa en Buenos Aires el *II Congreso Argentino de Antropología Social*, cuya concurrencia extranjera, tanto estudiantil como profesional, es más amplia aún (entre otros, asistieron representantes de México, Venezuela, Perú, Uruguay, Francia, Italia, Estados Unidos y muchos de ellos, argentinos allí residentes). Se reabren contactos a nivel internacional y la antropología argentina se hace presente en foros donde, por muchos años, brilló por su ausencia.

No es una época de oro, como no lo es para el país. Los fondos para docencia e investigación son escasos; los medios, precarios; el conocimiento entre los profesionales, insuficiente. Pero, se percibe cierta madurez y cierto profesionalismo en las propuestas y un gran potencial de crecimiento. Esos anhelos, un tanto informes, de descifrar la realidad de los sesenta persisten, pero, ahora, en un conjunto de profesionales maduro. La voluntad transformadora del 73 transita carriles más pausados pero más lógicos, donde el enfrentamiento apasionado se transforma en debate respetuoso. En los jóvenes estudiantes, se advierte avidez por instrumentarse y una diversidad de preferencias temáticas notable.

Los frenos que la reacción pretendió aplicar a la antropología se van destrabando, y su resultado no es la catástrofe que sus ideólogos auguraban. Los antropólogos pretenden, apenas, conocer su país y ayudar a entenderlo. Claro que, también, a modificarlo, pero, en eso, no están solos.

APÉNDICE: DESPUÉS DE 1986

Casi diez años transcurrieron desde que escribí esas líneas. Hasta la actualidad, se agregaron otros tres congresos de antropología social y nació una nueva carrera de Antropología en Olavarría, en la órbita de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. En Tucumán y Catamarca, se crearon carreras de Arqueología. Hace unos meses, en setiembre de 1995, junto con Roberto Ringuelet, hube de reflexionar, nuevamente, en un congreso internacional, sobre nuestra antropología (Ratier, H. y Ringuelet, R. 1995). Transcribo algunos párrafos, a modo de actualización:

En general, hay poca reflexión escrita o balances sobre esta última etapa de la antropología argentina (Herrán 1993). Los trabajos que intentan una visión de conjunto suelen concluir con la mención de la apertura democrática, incluyendo algún párrafo esperanzado hacia el futuro. Sin embargo, hace más de diez años que la antropología argentina ha reasumido su puesto en el debate mundial de la disciplina, ha investigado temas y ha dicho cosas. La presencia de profesionales en foros internacionales es constante, y ya se podrían avizorar tendencias.

Por nuestra parte, nos animaríamos, por ahora, a apuntar algunas características del período.

- a. Retorno y aportes. La diáspora ha vuelto. Retornan antropólogos con experiencias diversas, hechas en la academia y en el campo mexicanos, brasileños, ecuatorianos o europeos. Esto fertiliza a la antropología argentina y crea puentes internacionales, fruto de lo que podríamos llamar “síndrome del exilio”: el conflicto de lealtades, en los ex-exiliados, entre el país que fue anfitrión y la devastada antropología nacional. Bibliografía inédita aparece en cátedras y en grupos de investigación. En algunos casos, se concretan convenios que llevan a jóvenes argentinos a completar su formación en el exterior.

No todos han vuelto. No obstante, aún aquellos que resolvieron permanecer en el extranjero hacen periódicas entradas y aportes a la antropología nacional. Estos “profesores visitantes” también tratan de componer, de esta forma, el conflicto que les genera su no retorno. Constituyen una magnífica vía de renovación para la ciencia local.

- b. Vueltas atrás. El impulso a la investigación, durante el primer gobierno democrático, se tradujo en la renovación del órgano rector del fomento científico, el CONICET, cuyas comisiones asesoras abrieron los, no muy abundantes, recursos a las nuevas orientaciones. Del mismo modo, desde la Secretaría de Cultura se creó la Dirección Nacional

de Antropología y Folclore que conducía, entre otras cosas, el viejo Instituto Nacional de Antropología.

En ambas instancias, hubo novedades. Tales, las becas y el ingreso a la carrera de Investigador de nuevas promociones, sin que, bueno es repetirlo, se viera afectada la trayectoria de quienes estaban en ella durante el período anterior. En la Dirección Nacional y en el Instituto fueron memorables los encuentros nacionales y regionales de antropólogos, donde se debatieron todo tipo de problemas profesionales.

Esto se revirtió, a partir de 1989. Sorpresivamente, el nuevo gobierno reinstaló en el CONICET una Comisión Asesora, integrada por representantes de quienes fueron conducción durante los períodos autoritarios. Se intenta excluir, nuevamente, a quienes practican la antropología social, acusándolos de “sociologistas”. Se reivindica como “etnografía” solo el estudio de los indígenas y se dejan retroceder, alarmantemente, los recursos destinados a investigación antropológica.

Los encuentros de antropólogos se cortan; se disuelve la Dirección Nacional de Antropología y Folclore y, en el Instituto Nacional de Antropología (ahora con el agregado de “y Pensamiento Latinoamericano”), se reinstala la anterior conducción.

POLÍTICA Y ACADEMIA

Esta reseña puede parecer, a ratos, excesivamente política. No se ha profundizado en muchas tendencias teóricas debatidas en antropología antes y ahora, por ejemplo. Y es que nuestra visión no puede apartarse de los condicionantes político-administrativos de la disciplina.

Fueron demasiado importantes. Condicionaron nuestro desarrollo académico, nos mantuvieron en una posición marginal, afectaron profundamente nuestras vidas profesionales y privadas. Marcar la aparición de tendencias regresivas debería preocuparnos. Lo mismo, la ofensiva privatista que aspira a eliminar la conducción estatal de la investigación científica.

Lo que mantiene la esperanza, sin embargo, es la persistencia de la estructura democrática. Ya no va a ser tan fácil suprimir carreras, restringir recursos, sin dar razón, o imponer, sin más, resoluciones arbitrarias. Así como los personeros de las dictaduras utilizaron para subsistir los resortes democráticos, no pueden obrar ahora como antes. Los más lúcidos, de entre ellos, ya recurren a la negociación. Algo de las buenas iniciativas persiste a regañadientes de quienes deben soportarlas. La antropología argentina está conectada con el mundo, puede recurrir a foros internacionales. Eso

nos hace retomar la lucha con nuevos bríos, encararla con otro espíritu. En democracia, toda rectificación es posible.

A MODO DE POSDATA⁴

Leído este viejo texto, su obsolescencia salta a la vista. Aparece muy pegado a la coyuntura y relata episodios superados. No obstante, reivindicaríamos la reflexión sobre el irse formando de la carrera de Antropología entre nosotros y su vinculación con la política autoritaria, que tantas veces la tuvo en jaque. Hay un tono muy ligado a lo autobiográfico. Para quienes retornábamos del exilio, 1983 era un punto de llegada auspicioso, el final de la obligada ausencia. Se nos planteaban tareas urgentes de reconstrucción, volvíamos a los claustros universitarios procurando recuperar el tiempo perdido. En mi caso personal –y conozco colegas en igual situación–, en marzo de 1987, cumplí, por primera vez, tres años de permanencia continua como docente en la UBA.⁵ Me recibí en 1964. Al volver, entre las tareas urgentes y casi como una obligación, se nos planteaba contar nuestra experiencia profesional, desconocida para las nuevas generaciones.

Pasaron 26 años desde ese 1983 que vivíamos, al mismo tiempo, como final de un período y comienzo de otro. La antropología creció institucionalmente, hubo nuevas carreras y especialidades, cursos de grado y posgrado. Los congresos se multiplicaron, aumentaron las publicaciones. Se amplió, enormemente, la temática; creció la discusión científica. Para muchos de nuestros alumnos y colegas, la etapa autoritaria es, en el mejor de los casos, un recuerdo de infancia.

Son buenos tiempos para correr más hacia el presente las tentativas historiográficas. Es necesario comenzar a pensar las diferentes corrientes teóricas vigentes en la Argentina; los grupos de investigación actuantes en el país, en distintas provincias e instituciones; los resultados de su tarea; la trayectoria de publicaciones con décadas de existencia. Es lo que se propone Mariza Corrêa para Brasil: “mapear el territorio de la disciplina” (1987). En ese sentido, convocaríamos a las nuevas generaciones a asumir esa tarea. Parafraseando a la colega brasileña, propondríamos, como objetivo de ese relevamiento, responder a la pregunta de si, además de una antropología hecha en la Argentina, “existe una antropología argentina”. Sin desdeñar la consulta al pasado, deberíamos ver, críticamente, todo lo realizado en estos tiempos de democracia. Particularmente, es imperativo regionalizar las

⁴ BUENOS AIRES, 2009.

⁵ En el año 2001, accedí a mi jubilación, lo que marca una continuidad satisfactoria en la labor docente y en la de investigación. Superé, con creces, el síndrome de los tres años.

vertientes historiográficas, reseñando lo hecho en cada una de las sedes de carreras de la especialidad. Evitar cierto porteñocentrismo que, en mi caso, advierto y lamento. El desafío está planteado y es, con satisfacción, que paso la posta a quienes lo acepten.

BIBLIOGRAFÍA

AMBROSETTI, J. B. (1917). *Supersticiones y Leyendas: Región Misionera; Valles Calchaquíes; Las Pampas* (con una introducción de Salvador Debenedetti). Buenos Aires. La Cultura Argentina.

AMEGHINO, F. (1918). *La Antigüedad del Hombre en el Plata*. Buenos Aires. La Cultura Argentina.

BÓRMIDA, M. (1956). Cultura y ciclos culturales. Ensayo de etnología teórica. *Runa*, T.VII, 1ra. parte (pp. 5-28). Buenos Aires.

BÓRMIDA, M. (1958-59). El estudio de los bárbaros desde la antigüedad hasta mediados del siglo XIX; bosquejo para una historia del pensamiento etnológico. *Anales de Arqueología y Etnología*, T. XIV/XV. Mendoza.

BÓRMIDA, M. (1958-59). La antropología del materialismo. Bosquejo para una historia del pensamiento etnológico. *Runa*, T.XV. Buenos Aires.

BOSCHIN, M. T. y LLAMAZARES, A. M. (1984). La Escuela Histórico-Cultural como factor retardatario del desarrollo científico de la Arqueología Argentina. *Etnía*, N° 32, jul-dic, pp. 101-156. Olavarría.

BOURDIEU, P., CHAMBOREDON, J. C. y PASSERON, J. C. (1975). *El oficio de sociólogo*. Buenos Aires. Siglo XXI.

CARRIZO, J. A. (1953). *Historia del Folklore argentino*. Buenos Aires. Instituto Nacional de la Tradición.

CORRÊA, M. (1987). *História da antropologia no Brasil: 1930-1960, testemunhos*. Sao Paulo. Vértice, Editora da Universidade Estadual de Campinas.

CORTAZAR, A. R. (1954). *¿Qué es el folklore?*. Buenos Aires. Lajouane.

FERNÁNDEZ, J. (1982). Historia de la Arqueología Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología*, Separata del Tomo 34-35. Mendoza.

FONTÁN, M. (2005). *Osvald Menghin: ciencia y nazismo; El antisemitismo como imperativo moral*. Buenos Aires. Fundación Memoria del Holocausto, Biblioteca Nuestra Memoria.

GONZÁLEZ, A. R. (1985). Cincuenta años de arqueología del noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity*, volumen 50, N° 3.

HERRAN, Carlos (1993). Tendencias actuales de la investigación antropológica en la Argentina. *Plural*, N°2, enero, pp.5-10. Campinas.

- IMBELLONI, J. (1936). *Epítome de Culturología*. Buenos Aires. Humanior.
- IMBELLONI, J. y otros (1959). *Folklore Argentino*. Buenos Aires. Nova.
- LAFÓN, C. R. (1976). *Nociones de Introducción a la Antropología*. Buenos Aires. Editorial Glauco.
- MADRAZO, G. B. (1985). Determinantes y orientaciones en la antropología argentina. *Boletín del IIT*. Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, Instituto Interdisciplinario Tilcara.
- MENGHIN, O.F.A. (1965). *Origen y desarrollo racial de la Especie Humana*. Buenos Aires. Nova.
- RATIER, H. E. (1993). Antropología, democracia y dictaduras: desarrollo de una categoría profesional en la Argentina. *Plural*, revista de la Asociación Latinoamericana de Antropología, N° 2, pp.6-17. Campinas.
- RATIER, H. E. (1986). "Construcción de la antropología social en la Argentina". Buenos Aires. Ms. Participación en Seminario-Taller Antropología, disciplina científica y práctica profesional, La Plata, noviembre.
- RATIER, H. E. (1983). "Antropología Social en Argentina y Brasil: teorías y prácticas". Rio de Janeiro. Ms. Ponencia para el *1er. Congreso Argentino de Antropología Social*. Setiembre. Posadas.
- RATIER, H. E. (1991). "Nosotros y los otros" para las *Jornadas de Capacitación Arqueológica y Antropológica en la Provincia de Buenos Aires*. La Plata, Subsecretaría de Cultura, pp. 23-42.
- RATIER, H. E. y RINGUELET, R. R. (1995). "La antropología social en la Argentina; un producto de la democracia". Buenos Aires-La Plata. Ponencia presentada para la *V REUNIAO DE ANTROPOLOGIA DO (MERCOSUL)*. Setiembre. Tramandaí, Brasil.
- SCHOBINGER, J. (1969). *Prehistoria de Suramérica*. Barcelona. Labor.
- TISCORNIA, S. y GORLIER, J. C. (1984). Hermenéutica y fenomenología. Exposición crítica del método fenomenológico de Marcelo Bórmida. *Etnía*, N° 31. Olavarría.
- VIGNATI, A. M. (1960). El indigenado en la provincia de Buenos Aires. *Anales de la Comisión de Investigación Científica*, T.I. La Plata.
- ZEBALLOS, E. S. [1960(1881)]. *Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires. Hachette.